

CRONICA INTERNACIONAL

EL último trimestre de 1951 ha sido fecundo en incidencias internacionales a lo largo del amplio mundo ultramarino. En cambio, ha sido mucho más parco en presentar soluciones para los hondos problemas que agitan al mundo y que, si no son nuevos, sí se han complicado en los últimos tiempos. Desde España —que no es indiferente, pero sí queda al margen de muchas de las polémicas y disputas planteadas— es posible enfocarlas con perspectivas de objetividad. Lo que no quiere decir que las partes directamente interesadas no conozcan en muchos casos las soluciones más convenientes —dentro de lo imperfecto de toda realización humana—, sino simplemente que prefieren desentenderse de ellas, porque, pese a la propaganda y a los gestos teatrales, ni los pueblos ni sus estadistas se han desprendido de los viejos criterios de imponer por encima de todo sus puntos de vista unilaterales, aunque con ello produzcan hondas perturbaciones al resto del mundo, incluso con daño de la paz. La era del internacionalismo no ha pasado de la etapa de las promesas, y, por otra parte, hay que reconocer que en el lamentable estado de cosas actual no sólo tienen la culpa las ambiciones de los «grandes», presentadas por los que no lo son como modelos de perfidia y coacción. Los pequeños —es decir, sus impacientes y ambiciosas élites—, que son muchas veces pueblos recién emancipados por incidencias internacionales que les sorprendieron cuando aún no habían concluido su aprendizaje para marchar solos por el mundo, pretenden quemar las etapas evolutivas, sembrando cuando no lo consiguen el caos y la inseguridad, o precipitándose en lo desconocido cuando lo han conseguido. Actitud favorecida por la escandalosa insolidaridad entre los estados más llamados a dar buen ejemplo, ya que no sólo la U. R. S. S. arremete por sistema contra el Occidente «capitalista» (favorecida por la falta de reciprocidad en cualquier procedimiento de control externo y por la ausencia de oposición

doméstica), sino que, entre los mismos occidentales, vetos, regateos, zancadillas y adelantamientos enturbian las mutuas relaciones, reduciendo a bien poca cosa los instrumentos más o menos solemnes que los ligan, proporcionando la ilusión de una armónica cooperación internacional.

* * *

Como siempre, es el Oriente quien marcha en cabeza del fermento internacional. Verdad es que «Oriente» es un término muy vago que conviene precisar, pues, según Eisenhower —al declararse simpatizante, como tantos otros «amigos del Islam» cristianos, de las aspiraciones de los pueblos musulmanes—, se extiende entre Dakar y Mindanao (pasando por Suez, podríamos añadir). Pero a ese Oriente mahometano se añade el oscuro o amarillo que va desde el Indo a Corea, y que no se queda atrás en punto a conspiraciones y conmociones. Una de ellas, la de Corea, ha venido ofreciéndonos su único ejemplo reducido de «guerra caliente», ya que ni los choques fronterizos en Cachemira, el Neyeb o Suez podrían comparársele, y las «guerras policiales» (?) del Tarquín y Malaya venían siendo tendenciosamente omitidas.

Durante el otoño de 1951, occidentales (capitaneados por los norteamericanos) y orientales (es decir, chinos, soviéticos y auxiliares) han discutido en interminables y accidentadas conferencias, primero en Kaesong y luego en Panmunyon, un armisticio que permitiera enfriar un tanto el escenario coreano, sin pensar siquiera en una discusión de fondo sobre el primitivo problema: constituir una *Corea independiente*, que una y otra parte proclamaban desear democrática, pero que será solamente —si llega a serlo— inválida y arruinada. Para el Kremlin, el juego coreano ha sido relativamente barato. En cuanto a la China roja, lanzada —contra la esperanza de los descubridores de Tito— por las sendas de la bolchevización, no va a arredrarse por el hambre popular ni por la sangría permanente. Prosigue impertérrita sus planes de industrialización (para los que cuenta con fuertes recursos naturales) y, ya instalada en el Tibet, enseña los dientes a sus ingeniosos amigos los hindúes de la escuela de Nehrú, que acaban de descubrir la necesidad de fortificar la llamada «línea MacMahon», desde Sikkim al nordeste de Sadiyya, en Assam. La actitud de China provoca importantes repercusiones

en torno al coloso, que los Weddemeyer, Marshall, Jessup y tantos otros «progresistas» regalaron a Moscú. Así, el Japón ha ratificado con rapidez los tratados de paz y de colaboración (o bases) con los Estados Unidos, como también lo han hecho respecto del primero los países que más resistencia le hacían, ya por motivos de seguridad (Australia y Nueva Zelanda, unidas al Tío Sam por el nuevo pacto tripartito), ya por esas mismas razones, más las económicas (Filipinas e Indonesia, que recibirán en su día «reparaciones» directas, a la vez que la primera ha suscrito su nuevo Tratado de Asistencia con los EE. UU.). Por otra parte, en Formosa, castigada por los terremotos, aún supervive el gobierno de Chiang, como útil instrumento para que en la O. N. U. no aparezcan los delegados de Mao y para completar la cadena exterior de vigilancia del continente comunista, que desde el Japón y el futuro fideicomiso americano de las Riu-Kiu baja hacia Filipinas. En cuanto al Tonkín, las visitas del general de Lattre de Tassigny a Wáshington y de Dewey y Consey a Saigón han sido fructíferas. La ayuda americana se nota en la inferioridad de las armas mecánicas y de los transportes franceses sobre los vietminitas, ahora cuando Trunh Chin dirige en lugar de Ho-Chinh Minh. Por su parte, a la acción militar ha seguido la diplomática: los tres «Estados asociados» han participado en el Tratado de paz con el Japón; Camboya ha establecido relaciones con España y un ejército vietnamita de 80.000 hombres regulares, cuyo número crece rápidamente, ha sido instruído y equipado —incluso con aviación—, peleando conjuntamente con los franceses. Pasemos sobre Tailandia, donde el golpe de Estado del coronel Pao ha afianzado la tendencia del mariscal Pibul Songgram. Bangkok va a dar autonomía a los musulmanes del sur. Sobre Filipinas, en la que ha triunfado Laurel en las elecciones senatoriales. Sobre Indonesia, que está negociando con Holanda un tratado de Relaciones y Comercio para sustituir a la Unión Holando-Indonesica de 1949. Y sobre Birmania, donde la minoría islámica, capitaneada por Amiruddin Butinfangui, ha emigrado al Pakistán. Al Sur tropezaremos con la ensangrentada *jungla* malaya. Una emboscada terrorista ha costado la vida al alto comisario, Sir Henry Gurney. Las represalias y las medidas de seguridad han sido excepcionales: traslado de poblaciones enteras, repatriación en masa de emigrados (chinos sobre todo), reconcentramientos, multas colectivas por complicidad con las bandas, ley marcial por la mera tenencia de ar-

mas y otras por el estilo de las que sublevaron la escrupulosa conciencia anglosajona cuando Weyler combatía la rebelión cubana, pero que fueron después aplicadas —con perfeccionamiento— contra los *boers* sudafricanos.

El coloso hindú vive en período preelectoral. Su situación interna es mala, y de no mediar la ayuda americana (en trigo y dólares) hubiera sido peor. Como en otros tantos lugares, la independencia ha sido cara y amarga: hambre, burocratismo, corrupción. El oligárquico Congreso comienza a escindirse: el doctor Ambedkar, jefe de los «intocables», ha discutido y se ha levantado contra el sentido superficial de la política local; el ex-ministro Kvipalani ha constituido un nuevo partido (el popular), que ha arrebatado al del Congreso su hegemonía en varias provincias; Das Tendón ha triunfado en varios distritos con su grupo disidente de Nehrú. A éste, sin embargo, le siguen quedando fuerzas para negarse a acatar las recomendaciones sobre Cachemira de la O. N. U., que en su VII asamblea se ha limitado a soslayar una vez más el problema, prorrogando los poderes de su mediador Graham.

En el Oriente Medio existía el trimestre anterior un problema agudo —Abadán— y otro latente —Israel—. Ahora hay por lo menos tres nuevos: Suez, el Sudán y el Plan de Defensa del Oriente Medio. Lo mismo que en el Oriente próximo, al problema líbico se le han añadido los marroquí y tunecino en una espontánea floración de complicaciones, atizada desde dentro y desde lejos.

En Israel existe una grave crisis económica y financiera, pese a las cuantiosas inyecciones que los EE. UU. hacen, al dictado de la influyente judería internacional (135 millones de dólares, seguidos de un empréstito de 500 millones y de 150 más en bonos). El suministro de víveres ha estado seriamente amenazado, y los sindicatos marxistas han mostrado su amenazador poder. Pese a lo cual, Ben Gurión, a la vista de los resultados de las elecciones al *Knesset*, ha tenido que rehacer su coalición con el Frente Religioso (45 votos + 13 y los cinco árabes del Mapai), dejando a un lado a los sionistas generales y al otro al Mapam. No mucho mejor están sus vecinos jordanos, que sufren la inquietud producida por la subida al trono de Talal I y el despido de muchos funcionarios ingleses —empezando por Glubb Pacha—, seguido de una conspiración parlatina. Especulando sobre el cansancio de las partes, la comisión cuatripartita, Cormel-Palmer-Marchel-Rustu Aras (y más tarde Mor-

genthau), han elaborado después del fracaso de la conferencia de mediación de París sendos planes conteniendo mutuas concesiones: readmisión parcial de evacuados árabes, ayuda internacional para el uso de las aguas y de la energía del Jordán, estatuto para los Santos Lugares, puerto franco en Haifa y consolidación indefinida del armisticio. Pero ninguno de los dos países ha aceptado. El pacto petrolífero persa registra pocas novedades en el período que examinamos. Mossadeq triunfó en Nueva York, al lograr del Congreso de Seguridad que aplazara toda decisión sobre la demanda inglesa hasta que el Tribunal Internacional de Justicia dictamine sobre su competencia o incompetencia en el asunto.

* * *

La denuncia por Nahas Pasha el 8 de octubre de 1951 del Tratado angloegipcio de 1936 —y, de rechazo, de la Convención de 1899 sobre el Sudán— ha sido un poco arriesgada, y nada bueno ha reportado por el momento a Egipto. A la larga producirá quebrantos y peligros a ambas partes. La verdad es que éstas se han precipitado. Egipto, anticipando cuatro años una denuncia que no puede hacer efectiva por impotencia para expulsar a las fuerzas británicas y planteando en las peores condiciones la revisión del Estatuto del Sudán. Inglaterra, pretendiendo permanecer indefinidamente, utilizando luego su fuerza (en el más coactivo sentido) y promoviendo un sistema de seguridad regional (en compañía de EE. UU., Francia y Turquía), que sería excelente de no querer imponérselo a los demás pueblos interesados. Se dibujan en lontananza varias consecuencias: la revisión de la concesión de la Compañía Concesionaria del Canal, cierta hostilidad entre los pueblos árabes y Turquía y el crecimiento de las tendencias autoaccidentales en toda aquella zona. Para contrarrestarlas no es suficiente la vuelta al poder en Siria del «occidentalista» coronel Chichaqli.

Jurídicamente —en el sentido del Derecho positivo—, la posición de los egipcios es desigual: invocación vaga de los principios de la Carta de las Naciones Unidas y de la cláusula *rebus sic stantibus*. Moralmente es más sólida, pero no tanto en el Sudán, donde los ingleses maniobran con medidas y ampliación de la autonomía, que cada vez confían más y crean más intereses locales. Así, el

Ashiga, el Istihad y el Frente Diplomático apoyan las tendencias proegipcias, pero en forma de federación o dualismo regio, no de simple incorporación. Pero el Umma, que tiene mayoría en la Asamblea sudanesa, ha rechazado la proclamación de Faruk I como rey del Sudán hecha en El Cairo, y pide una independencia total.

Más al oeste, la proximidad de la independencia oficial de Libia —el primero de enero de 1952— agudiza los problemas planteados y escamoteados: fusión de los tres pedazos, cuando es notorio que Francia no va a evacuar el Fezzán (como no la obliguen), y sostenimiento del nuevo reino, que antes de nacer ya ha tenido que ser socorrido por los EE. UU., Inglaterra y Francia.

* * *

El Magreb lleva mucho tiempo de agitación sorda, que en Túnez se manifiesta por cauces casi pacíficos —las conversaciones entre el Gobierno Chenik y la Residencia para un nuevo «contrato» que reemplace a los de La Marsa y El Bardo— y que en Argelia se disimula por la mezcla con los problemas políticos de la Francia metropolitana, pero que en Marruecos están exteriorizándose en forma poco tranquilizadora.

Los EE. UU., que al aceptar en enero de Camile Chautemps bases estratégicas parecieron dejar *manos libres* a Francia, ahora pretenden jugar con dos barajas —como Francia durante la guerra—. En la sexta asamblea de la O. N. U. se pronuncian, de una parte, por el aplazamiento de la demanda árabe de que se investigue la actuación existente en la zona sultaniana para ver si se respetan los derechos humanos, pero de otra, y fuera de la Asamblea, pronuncian frases equívocas y amables para las dos partes y se reservan el papel de árbitro.

Entretanto, el nuevo residente, Augusto Guillaume —el hombre de la D. A. P.—, anuncia una política de firmeza frente al *Istiqlal* y añade que «España y Francia van embarcadas en el mismo barco». Según lo que se entienda por ir embarcadas; en todo caso, España se halla en un estrecho rincón de la cubierta, mientras que Francia es la ocupante de toda la embarcación, sin que se acuerde de su vecina salvo cuando su pilotaje amenaza con el naufragio. Ello no impide radicalmente que la entrevista de los dos Residentes en

Larache pueda marcar el comienzo de una era de más razonable cooperación francoespañola frente a los problemas comunes de Marruecos.

Pero España —que por boca de su Alto Comisario (discurso del Aid-el-Kebir) ha anunciado la realización de reformas que ampliarán la participación marroquí en la conducción del Majzén— ve el problema con un criterio propio, en el que pesa razonablemente la buena voluntad existente entre ella y los países árabes.

* * *

En el resto del mundo ultramarino, ninguna novedad destaca. Prosigue su camino hacia una República Sudafricana —que podrá seguir, como la India, en la Commonwealth— el Gobierno Malan. Sin embargo, en la O. N. U., haciéndose caso omiso del malhumor de la Unión Sudafricana, se ha accedido a oír las quejas de los *hereros*. Prosigue sus experiencias «nativistas» el Gobierno de Nkrumah, en la Costa de Oro. Prosiguen las conversaciones. Prosiguen las conversaciones en torno a la Federación Centroafricana (británica), de la que el jefe, Nosebe-Ondoe, dice: «En Niassa tenemos a los leones, a las panteras y a las federaciones», y se debate en Leopoldville la concesión colectiva de una ciudadanía nativa semejante al estatuto de los ahora agraciados por la Carta del Mérito Cívico.

En el Caribe se ha reunido la XIII Comisión en Santa Cruz (octubre-noviembre 1951). En Belice se han producido incidentes.

En París, la O. N. U. no ha adoptado grandes resoluciones en relación con las dependencias. El delegado cubano, en el discurso inaugural, afirmó que su país estaba dispuesto a que se concedieran a las colonias todos los derechos que les pertenecen y que se les niegan. Muchos países del Caribe sentirán no ser coloniales para disfrutar de esos derechos. El ministro del Exterior del Pakistán ha pedido nada menos que «la liberación de Africa y Asia» del yugo europeo. Lo más positivo del trimestre es el ingreso de Grecia y Turquía en la N. A. T. O., que, combinado con el plan Slim-Bradley-Lecheres, puede cambiar profundamente el panorama estratégico de la región en que se encuentran Europa, Africa y Asia. Siempre (como escribimos) que se cuente con los pueblos situados en ella.

La subida al poder de los conservadores británicos —que han

confiado la cartera de Colonias al coronel Lyttleton— no parece que vaya a cambiar mucho la política británica, pues la mayoría gubernamental no es tan holgada como para malgastarse en los problemas coloniales, en los que deshacer las planificaciones laboristas será muy difícil.

Concluamos anotando con satisfacción la efectividad de las relaciones de España con Sudáfrica, la visita del presidente Quirino a Madrid y la participación española en la conferencia regional africana de la O. M. S. Ya era hora, y aún va demasiado despacio la incorporación de España a la vida internacional ultramarina.

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES